



© El Museo Canario

ALFONSO PASO

**"QUIZA ME QUEDE EN LAS PALMAS
PARA ESCRIBIR UNA NOVELA"**

Martes, 12 de mayo, 1970

"Digo yo que..."

ARUCAS

Por Alfonso Paso

Gran Canaria es como una gran concha que emerge del Atlántico africano. Gran Canaria es una isla casi redonda, encrespada en su parte norte y abierta en una especie de aguja que se adentra en el mar hacia el nordeste. Ahí están Las Palmas y el Puerto de La Luz. Muchos españoles de la Península creen que Gran Canaria no es montañosa. Lo es. Todo el centro de esta concha mágica tiene una montuosidad volcánica que impresiona y sobrecoge. El paisaje de las cumbres volcánicas cercano a Maspalomas es verdaderamente maravilloso. Si seguimos la ruta del norte, bordeando la isla de nordeste a noroeste, a diecisiete kilómetros de la capital nos encontramos con un pueblo fuera de serie. Yo llamo pueblos fuera de serie a aquellos que nos sorprenden y nos atenan. Pueblos fuera de serie son los que se comportan como red que nos aprisiona y no nos deja marchar. A dieciocho kilómetros de Las Palmas, por una preciosa carretera de montaña serpenteante, se llega a Arucas. Según me cuentan tiene treinta mil habitantes. Es una de las ciudades más importantes de la isla. Yo me hubiera quedado en Arucas, porque el aire es limpio, limpias las calles y tranquila la vida de sus habitantes, y pausado el sonar de la campana que llama a la oración. Arucas está construida en plena montaña. Tiene, por tanto, la nobleza de los pueblos con cuevas. Los españoles somos maestros en contruir nuestras ciudades sobre monte y colina. Los castellanos viejos llaman a este arte "repechar". Yo he oído en Carrión de los Condes que un pueblo está "repechado" en la montaña. Nuestra habilidad para repechar las ciudades sobre los montes es herencia árabe. Fueron los árabes quienes nos enseñaron el cultivo en terrazas, aprovechando de este modo las rasantes de la montaña y haciendo un vergel de lo que en principio era roca. El canario es laborioso y tenaz. Donde no había tierra para trabajarla se trajo a lomos de dromedarios y se creó el jardín donde podía estar el desierto. Arucas sorprende por la nobleza de su construcción. Es una ciudad cabalmente hecha de piedra. Toda es pura cantería. Hoy no se podría construir

así. Hoy hacemos todo de cemento, pero la nobleza de la piedra de Arucas confiere a la ciudad una personalidad distinta y varia. Arucas está cercada por un valle de plataneras. Las plataneras mejores son las que miran al mar. Arucas, en alto, mira al mar y al más frondoso bosque de plataneras que pueda uno imaginar. Arucas tiene una iglesia que se empezó a hacer en los primeros años del siglo, de estilo gótico, con dos grandes torres, reloj, campanario y portón. La iglesia de Arucas es una catedral, y casi me atrevo a decir que una de las más bellas catedrales que he contemplado. Falta la torre maestra que se está construyendo a diario con calma, con pausa y con primer. ¿Cómo? Hombres que no están todavía insertos en la civilización de consumo labran la piedra a un estado de la catedral como se hizo en Colonia, en Beziers, en Burgos o León. Bajo un toldillo está la piedra, y cada mañana los hombres cincelan sobre ella el capitel, la columna o el adorno. Son canteros de pura cepa, vieja tradición que se ha ido perdiendo con las estructuras metálicas, el hormigón y el cemento abrasador. Pero Arucas es piedra, es de verdad. La torre maestra se terminará un día, dentro de varios años, tal vez dentro de un siglo. Los hijos, los nietos de estos canteros seguirán labrando la piedra. Allí no hay gato por liebre.

He paseado por Arucas al lado de su alcalde, hombre generoso que se preocupa por su pueblo, que "es donde uno ha nacido y donde uno va a morir". Este alcalde se preocupa de los horizontes, se molesta en dar la característica primitiva a lo que pudiera perderse. Es ceremonioso y saluda a sus vecinos con respeto y con cariño. Se complace en crear jardines y zonas verdes. La piedra se la ha regalado Dios a Arucas. Soy muy poco expresivo cuando me maravillo. Arucas me maravilló. Supe después que se trataba de una de las ciudades de España, y tal vez de Europa, con más densidad de población. Me di cuenta de que era una ciudad que había encontrado la paz. Pude pasear, subir al monte, ver el mar, contemplar las plataneras, rezar en silencio ante la catedral. No perdí el tiempo.--("EL ALCAZAR")

LA PROVINCIA — Sábado, 30 de mayo, 1970